

‘EL NIÑO Y EL BASILISCO’ / El esperado regreso del poeta, dibujante y músico Luis Eduardo Aute

# UN MONSTRUO LLAMADO PÉRDIDA DE LA INOCENCIA

EL ARTISTA REVISITA LA FILIPINAS DE SU INFANCIA PARA DESARROLLAR UNA HISTORIA METAFÓRICA

Alejandro Luque

Aute es de los pocos artistas españoles que vale la pena seguir bajo esta promesa: siempre es él mismo, y nunca se repite. Si cupiera alguna duda, basta asomarse a su última criatura, *El niño y el basilisco*, un libro ilustrado que, además de sus característicos dibujos, contiene un filme en DVD, y que acaba de ver la luz en el sello Demipage.

Sobradamente conocido como músico, el artífice de *Al alba* ha escrito poesía y pintado desde siempre, aunque esta parte de su producción se ha ido dando a conocer al gran público más paulatinamente. Aunque como poeta se dio a conocer con títulos como *La liturgia del desorden* y *La matemática del espejo*, ha sido a través de sus aerolitos o poemas hiperbreves con los que mejor ha conectado con los lectores. Estas obras pueden hallarse en los volúmenes *animaLuno*, *animaLdos*, *animaLtresD*, *animaLhada*, *animaLhito* y *No hay quinto aniMaLo*.

Todos estos libros han puesto de manifiesto, también, la altura de la obra pictórica de Aute, quien lleva exponiendo regularmente desde los años 60. No obstante, fue su filme *Un perro llamado dolor* (2001), una titánica tarea de animación que implicó más de 4.000 dibujos a lápiz con acompañamiento musical del propio Aute, Silvio Rodríguez, Suso Sáiz y Moraíto Chico, la que marcó una cota en su carrera y demostró su musculatura como creador plástico.

Ahora, sin listones que saltar, trabajando guiado por el deseo o la íntima necesidad, pero sin presiones de mercado, Luis Eduardo Aute echa la vista atrás, a la Filipinas de su infancia, a la Manila que le vio nacer en 1943, y donde pasó los primeros años de su vida, aprendió tagalo y se empezó a fraguar su condición de artista de insaciable curiosidad, de hombre del Renacimiento.

La obra nos sitúa en Manila, en 1945, con la aviación estadounidense bombardeando duramente la ca-

pital. Algún tiempo después, un niño mira el mar desde el malecón, dando la espalda a una ciudad destruida. A partir de una fotografía de su infancia, el autor, Luis Eduardo Aute, echa la vista atrás para descubrir qué queda en él de esos ojos de niño con los que miraba el mar.

Con la batalla de Manila como escenario, sangrienta contienda que se cobró la vida de más de cien mil personas, el autor recuerda el niño que fue y cómo, a partir de esa trágica experiencia, le comenzó a acechar la figura del Basilisco, un ser mitológico con forma de serpiente alada capaz de matar con la mirada, que representa el mundo adulto, la degradación y la muerte.

Según el artista, la idea de *El niño y el basilisco* le llegó del modo más inesperado, durante una visita a La Habana con su familia. Su hija comenzó a hacerle fotos sentado en el malecón, y de repente le vino a la memoria aquella foto infantil. “Se me ocurrió, a través de unos toques de Photoshop, juntar aquellas dos fotografías de tal modo que ambos, el niño y el hombre ya mayor, estuviéramos juntos con el mismo propósito de mirar el horizonte. Pensé que era una imagen muy sugerente y abierta a todo tipo de reflexiones”, recuerda Aute.

Luego llegó la idea de la animación de los dibujos, en la línea de *Un perro llamado dolor*: “Pensé que valía la pena repetir aquella delirante experiencia y me dispuse a ir construyendo un guión que el azar me iba sugiriendo mientras dibujaba y escaneaba las imágenes, sin tener la más mínima idea de cuál sería el fin del proceso”, agrega.

Luis Eduardo Aute creía que de aquella sugestión habanera resultaría una canción, pero la inspiración es caprichosa y en su lugar le ha brindado un hermoso poema fílmico, una galería de memorias pintadas, fundidas con ensoñaciones, pero sobre todo un reencuentro inesperado con el niño que fue, aquel chaval absorto en la contemplación del océano.

